

Frente a lo que podría parecer, el cuento es un género de dificultad considerable. Manejar el mecanismo de relojería de un relato es muy difícil. Cuando yo empecé a escribir tenía muchas páginas, muchas historias, pero esto no era suficiente. Para mí fue decisivo conocer a Abelardo Castillo que es (y lo puedo decir con objetividad) uno de los grandes cuentistas argentinos y quizá también de los mejores que hay en Latinoamérica. Por otra parte, es uno de los autores vivos, de la generación del 60, que más ha reflexionado sobre el oficio de escribir. Por lo tanto, mi primera formación proviene de él. Luego, todo lo que uno lee a lo largo de la vida (soy una lectora insaciable) influye. Fundamentalmente, hay una línea de mujeres escritoras que me interesa, como Katherine Mansfield y Flannery O'Connor; y también Salinger, Hemingway. Los norteamericanos me parecen narradores estupendos, maravillosos; y los latinoamericanos como Rulfo. Entre los rioplatenses, Borges y Cortázar. En fin, éstos son algunos de los autores a los que recurro siempre, forman parte de mi antología personal y tienen que ver en mi formación como cuentista. Pero pienso, además, en los novelistas argentinos como Arlt, Marechal, el mismo Cortázar y Bioy Casares. *El sueño de los héroes* de Bioy tiene una enorme presencia en mi primera novela, *El parque*.

*¿Cómo fue el tránsito del cuento a la novela?*

La transición no se siente. No creo que los géneros sean incompatibles o haya una división formal tajante. Escribir es una aventura intelectual que te embarca en algo y ese algo te lleva a lugares y aprendizajes distintos. La novela es, por definición, acanónica; no hay un canon que diga ésta es una novela y aquella no. Conviven en el género obras tan diversas como *La Plaza del Diamante* de Mercé Rodoreda, *Adiós a las armas* de Hemingway, *El castillo* de Kafka. Todas son novelas, pero diferentes. Para un escritor, comenzar a escribir una novela es ver cómo resuelve una cantidad de cuestiones que te propone exclusivamente esa novela. Escribir *El parque* fue, como primera experiencia novelística, inolvidable. Empecé a escribirla un poco irresponsablemente, con temas que me interesaban sólo a mí, que me gusta el humor verbal y jugar con las palabras. Me inventé un parque fantástico, en el sentido de género, una ciudad paralela a Buenos Aires, lo cual tiene que ver con Bioy. También con Arlt, porque hay en mi novela una secta, una hermandad, y con Marechal que, de algún modo, entra en esta corriente. Me divertí creando esto, pero no se lo mostré a nadie. Un día, Abelardo (llevamos 28 años juntos) entra en mi cuarto de trabajo para arreglar un problema que tenía la computadora y se topa con uno de los capí-

tulos que yo había escrito y me dice: «Esto que estás escribiendo es muy bueno, seguilo porque es bárbaro, raro, distinto». Como su opinión es para mí una opinión autorizada (nosotros somos nuestro primeros lectores y nuestros primeros críticos, a veces despiadados), lo que me dijo me alentó mucho. Ya tenía 80 páginas escritas, estaba muy comprometida con el tema, entonces la seguí.

*¿Antes de escribir su novela La tierra del fuego había abordado temáticas relacionadas con la historia y los viajes?*

No, en absoluto. Me crucé con el tema cuando estaba haciendo una corrección de estilo del libro *Los indios de Tierra del Fuego*, del jesuita alemán Martín Gusinde. Como soy lectora de antropología e historia (lectora diletante y, por supuesto, aficionada), me sedujo este libro y lo que allí se contaba por simple curiosidad. En la introducción, Gusinde cuenta parte de las peripecias de cuatro indios yámanas llevados a Londres por el navegante inglés Robert Fitz Roy en 1830. En principio, me llamó la atención uno de los cuatro yámanas, Jemmy Button (botón), llamado así por Fitz Roy debido a que lo había cambiado por unos botones de nácar. Fue casi un año después cuando empezó a interesarme el material para escribir una novela, a la que tardé mucho en dar forma. Primero me dediqué a seguirle el rastro a Jemmy Button.

*¿A qué fuentes recurrió?*

La historia de Jemmy Button no era muy conocida en la Argentina; de hecho, las comunidades indígenas no han accedido a la historia oficial en la Argentina, no tienen texto escrito. No obstante, las fuentes de documentación fueron muchas y variadas. Mi persecución comenzó en librerías de viejo, en la Biblioteca Nacional fundamentalmente y, más tarde, en el Museo Etnográfico de Buenos Aires, que pertenece a la Universidad. Cuando fui al Museo Etnográfico ya tenía bastante averiguado sobre Button y su grupo, pero allí encontré el diario de bitácora de Fitz Roy, vi una canoa yámana por primera vez, toqué objetos y utensilios hechos por los yámanas, y eso me produjo una especie de *shock*, no podía parar.

*¿Cómo hizo para despegarse de la documentación histórica y centrarse en el proceso creativo?*

Fue difícil, hubo un momento en el que pensé que no había lugar para la ficción. Por lo tanto, tuve que frenar, ya había leído mucho y debía